
DE LA ESPIRITUALIDAD MONACAL AL PROFETISMO DE LOS LAICOS

Mi propósito en estas líneas no es hacer un estudio profundo de la espiritualidad, ni de la laical ni de la monacal; ni de sus presupuestos históricos, ni de sus presupuestos teológicos. Trataré simplemente de hacer una sencilla reflexión sobre algunos de los problemas que hoy complican y confluyen en la espiritualidad cristiana, y más concretamente en un tipo de espiritualidad que hasta hace poco era considerada como la mejor y a veces incluso como la única: la espiritualidad clerical.

El artículo constará de tres partes. En la primera parte expondré tal como aparecen a simple vista, algunos de los problemas que afectan a la espiritualidad monacal o clerical frente a la espiritualidad laical (1). En la segunda, volviendo hacia atrás en la historia, haré un breve esquema de recorrido desde los primeros anacoretas hasta los religiosos de nuestros días. La tercera parte será una reflexión partiendo de dos datos fundamentalmente: el sociológico expuesto en la primera parte y el histórico, en la segunda.

una situación

“Los laicos han llegado a su mayoría de edad”; *“Religiosos en crisis”*... Estas frases y otras de su estilo han ido apareciendo en muchos comentarios periodísticos y artículos de revistas en estos días post-conciliares. La verdad es que uno se pregunta cómo habrán sido necesarios tantos siglos para que los laicos llegaran a esta *“mayoría de edad”*; y también, por qué no, uno se extraña de que fueran necesarios también tantos siglos para caer en la cuenta de que la *“vida religiosa”* estaba en crisis, porque creemos que ha estado en crisis desde el comienzo. Pero no nos vamos a detener en estas preguntas. Bástenos el saber que aquel tipo de cristiano —el laico— que hace muy poco subía ilegítimamente las gradas del altar, para ofrecer el agua y el vino en la Misa al sacerdote, hoy ya puede leer en la Liturgia de la Palabra, incluso a veces interviene activamente en la homilía... y sobre todo hoy ya cuenta en la marcha de la Iglesia, se le ha escuchado en el Vatica-

no II, y se le sigue escuchando en las comisiones post-conciliares. Una serie de valores que implícitamente se les negaba, hoy el Concilio explícitamente se los atribuye. Sirvan como muestra estas palabras de la "Constitución dogmática sobre la Iglesia":

"Cristo, el gran profeta, que por el testimonio de su vida y por la virtud de su palabra proclamó el Reino del Padre, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su potestad, sino también por medio de los laicos a quienes por ello, constituye en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra, para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social". (Lumen Gentium, 35).

Tampoco me voy a preguntar por qué la crisis en la espiritualidad clerical aparece hoy y no en siglos pasados. Por ahora nos es suficiente con saber que la crisis ha aparecido.

Por supuesto que no quiero caer en la ingenuidad de afirmar que ahora los laicos lo son todo en la Iglesia; tampoco podré afirmar alegremente que la vida religiosa o clerical ya no tiene sentido, pero de ninguna manera debéré suponer "a priori" que lo tenga. De momento quedémonos con los hechos tal como se nos presentan.

Efectivamente, creo que la espiritualidad laical surge con una gran fuerza y desde un cristianismo profundamente enraizado en este mundo. En cambio me parece que debemos de reconocer que la espi-

ritualidad del clérigo o religioso aparece insegura. Los hombres que la practican no encuentran su puesto en la sociedad y no siempre ven claro su papel en la acción cristiana y en el compromiso con el mundo. Me atrevería a decir que esta espiritualidad se tambalea ante una serie de preguntas, las cuales de un modo o de otro vienen a desembocar en una única cuestión: ¿cuál es la esencia de su vida de hombre cristiano y consagrado a Dios de un modo especial, en la práctica?

Ante esta situación se está pasando de aquel dogmatismo y paternalismo que a veces han sido característicos de esta espiritualidad, a una trágica inseguridad. Antes el director de conciencias, por ejemplo, enseñaba desde su "altura espiritual", ahora se encuentra perplejo y no acaba de ver si su espiritualismo no debería transformarse en un sincero compromiso con el mundo como lo hace el laico. Antes el cristiano del mundo obedecía dócilmente, vivía en la Iglesia, pero no contaba casi nada; hoy es el clérigo el que teme sentirse desplazado como un tipo de cristiano pasado de moda. No hace mucho, bastaba que el religioso cumpliera unas reglas, que el sacerdote ejerciera su ministerio y se metiera en su casa parroquial, pero ahora esto no se ve claro. A veces son incluso los mismos laicos los que exigen más de ellos. Es que bajo el título de obediencia o de vida de perfección, ¿puede un hombre honradamente, descomprometerse de los problemas concretos y serios del mundo y de la vida? ¿Puede renunciar a gritar y protestar en pro de la justicia, por ejemplo, a participar en una huelga o manifestación de protesta? El resultado ante estas y otras muchas preguntas, parece ser una

cierta tensión de perplejidad y una sincera búsqueda de la verdad cuyo horizonte se presenta todavía muy brumoso.

Ciertamente la espiritualidad clerical está en crisis; y no es que fallen los hombres que la viven; no se trata de una crisis de relajación. Es algo más profundo. *Es el sentido de la vida religiosa lo que está en duda.* Esta frase que puede parecer un tanto abstracta, en la práctica es algo tan concreto como la misma vida.

Antes el estado clerical podía resumirse en una vida de oración, que unos hombres, sintiéndose llamados a cumplir "los tres consejos evangélicos", practicaban, descomprometidos del mundo y comprometidos con Dios (2). Pero hoy, ante una teología de Dios más encarnacionista y muy desacralizada, es lógico que se pregunte por el sentido de la búsqueda de Dios, en la oración en retiro (3). La perfección que se concretó en los tres consejos evangélicos y que se interpretaban como exclusivos de la vida religiosa, hoy como expone J. M. Castillo, en su artículo de este mismo número de Proyección, se interpreta como una exigencia y una llamada a todo cristiano. Pero además a la luz de una antropología más personalista, el modo de interpretarlos o exigirlos el estado de vida religiosa o el clerical, no siempre parece aceptable (4).

dieciseis siglos de fuga mundi

Para comprender el momento presente es necesario que demos un salto hacia atrás y recorramos aunque sólo sea "a saltos" la historia

de 16 siglos de espiritualidad monacal.

unos laicos se retiran al desierto

Es en Oriente a principios del siglo IV, cuando unos laicos empiezan a hacerse monjes. Las persecuciones de los primeros siglos del cristianismo habían terminado. De las glorias del martirio y de la constante y heroica tensión, se pasa a una vida prosaica. Para algunos hombres no todo había sido bueno como consecuencia de la "Paz Constantiniana". La moral, la piedad, etc., habían decaído... Entonces el ideal de heroísmo cristiano se proyectó en el desierto. Allí apartados del mundo y de la cultura, porque aquel era malo y ésta pagana, trataban de realizar obras meritorias y heroicas. Estos hombres —los eremitas— vivían aislados, empobrecidos por la falta de cultura, incluso de sacramentos. Fué Pacomio el primero que trató de reunirlos consciente de los peligros a que estaban sometidos, tanto de salud como respecto de su persona. Fué el primer paso positivo hacia el monacato.

Esta forma de vida pasó enseguida a Occidente, con un matiz más realista en algunas cosas. Los auténticos "records" y competiciones en penitencias, ayunos, huída del mundo y otras excentricidades, fueron mucho más intensas en Oriente que en Occidente. El hombre que dió forma al monacato occidental fué S. Benito. Había estudiado en Roma. Muy joven todavía se retiró a una soledad montañosa al Este de Tivoli. Vivió allí como anacoreta y pronto agrupó a su alrededor a una serie de discípulos. Unas disputas con unos clérigos locales le movieron a buscar otra soledad. Fué en otra montaña.

Aquí edificó el monasterio de Montecasino. Desde entonces durante muchos siglos las cimas de las montañas serían los sitios preferidos para construir los monasterios. Esto no fué una mera costumbre, sino algo que correspondía y era exigido por su espiritualidad de la "huida del mundo" (5). Unas reglas, una vida común, trabajo, obediencia, oración... así fué transcurriendo durante siglos la vida de los monjes, y siempre una constante: Apartados del mundo.

órdenes religiosas

Las órdenes militares, los cistercienses y sobre todo los franciscanos y dominicos suponen un paso importante en la evolución de la vida monástica. En la práctica estos hombres vivían más cercanos al mundo, se salía a predicar y a otros ministerios; pero las prácticas típicamente monásticas de coro, vida común, etc., perduraban; y sobre todo la idea de que el mundo y la cultura eran algo malo. Se daba una mayor cercanía física pero no una verdadera encarnación en el mundo. Esto sucedió en el siglo XII.

Los jesuitas en el siglo XVI dieron un paso más en esta evolución hacia el mundo. La supresión del coro y otras características de la Orden permitían una mayor flexibilidad y disponibilidad dentro del mundo, pero no puede decirse que la espiritualidad de S. Ignacio sea verdaderamente encarnacionista. Los jesuitas entraron en el mundo para conquistarlo y convertirlo; pero la idea de que el mundo es malo perdura (6).

Me atrevería a afirmar que hasta nuestros días no hubo un verdadero y considerable progreso en la

evolución de la espiritualidad. Las diversas congregaciones religiosas que han ido surgiendo en los siglos posteriores no puede decirse que hayan superado el dualismo y la realidad de la "fuga mundi" (7).

los laicos

Durante estos siglos los laicos van perdiendo importancia en la Iglesia. Los monjes y los religiosos son los auténticos profesionales de la espiritualidad. Cada vez su influencia sobre los clérigos y sacerdotes diocesanos es mayor. Podríamos decir que no había una espiritualidad para el cristiano en el mundo, sino para el cristiano en el monasterio. El cristiano del mundo si sentía una exigencia intensa de cristianismo tendría que ingresar en un convento. Los demás deberían imitar a los religiosos y clérigos en sus prácticas piadosas, etc. Muchas veces hay que reconocer que lo que se le proponía al laico era la misma espiritualidad del clérigo o religioso, con el mismo defecto de desprecio del mundo, pero ornamentado con menos cantidad de tiempos de oración y prácticas de penitencia.

valoración y perspectiva

No podemos ser duros en la crítica de un claro desenfoque del cristianismo, que consistió en una espiritualidad desencarnacionista del mundo, ya que deberemos juzgar todo esto en su contexto histórico. Pero tampoco estaría bien que hiciéramos demasiadas alabanzas y valoraciones de este tipo de vida cristiana. Es verdad que aunque en sus comienzos los monjes fueron bastante incultos, en gran parte a la larga contribuyeron a salvaguardar la cultura (un género de cultura, la que prevaleció en aquel tiempo) pero esto no fue lo

que pretendían, ni tampoco nació de una valoración autónoma de ésta. Las desviaciones en los diversos siglos y en las diversas formas de vida monástica han estado unidas a grandes valores humanos y cristianos. Fueron muchos los santos y los hombres de ciencia que este movimiento cristiano produjo y sigue produciendo.

A mi juicio una desviación bastante constante ha sido precisamente ese *desprecio del mundo* y de las realidades terrenas. Ese buscar a Dios en la soledad y no siempre en el prójimo, a éste se le buscaba para que él encontrara a Dios.

En todas las formas de vida monástica o religiosa podemos encontrar una serie de características que nos pueden iluminar en vistas a un juicio sobre las perspectivas y futuro de los institutos religiosos actuales:

- a) Parábolas en su evolución: nace, crece y decae.
- b) La amplitud de la parábola está en razón directa con la amplitud de su misión. Mientras más concreta sea ésta, más corta es la parábola. Influye también la personalidad del fundador.
- c) Al parecer ninguna se salva de esta parábola.
- d) El fin concreto perdura aunque pierda actualidad e importancia.
- e) Los nuevos fines y necesidades parecen cumplirlos mejor nuevas formas que han ido surgiendo.
- f) Todas van intentando una acomodación, pero le es difícil y han de aceptar pasar a segunda fila.

- g) Hay una gran diferencia entre la primera generación y las siguientes. Esta diferencia en parte nace de la ausencia del fundador, pero de forma especial influye una mayor institucionalización, que hace perder vitalidad y espontaneidad en el seguimiento del carisma propio de cada instituto.

Esta ha sido a grandes rasgos la trayectoria y la historia de esta "espiritualidad clerical" con la que hoy nos encontramos y sobre la que nos interrogamos ante su inseguridad y el auge con que se presenta otra forma de cristianismo: el de los laicos de hoy.

reflexión final

Tenemos por una parte los datos sociológicos expuestos al comienzo que nos hablan de "un clérigo desconcertado"; por otro lado tenemos los datos históricos, expuestos últimamente; éstos nos demuestran una gran equivocación de la espiritualidad religiosa al pretender hacer cristianos de desiertos y conventos y no del mundo. Teniendo en cuenta estos datos nuestra reflexión va a girar en torno a dos preguntas solamente:

- 1) ¿Qué es lo propiamente nuevo en la evolución de esta espiritualidad, ante lo que tiene que enfrentarse?
- 2) ¿Muerte de esta espiritualidad tradicional y con ella muerte del religioso?

alternativa ante dos tipos de espiritualidad

Al analizar la espiritualidad del clérigo y del religioso en general, hemos encontrado un trasfondo de desprecio del mundo, de huída del mundo... Podríamos decir: una concepción del mundo que hoy ya no es admisible después de la "Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual", que podría considerarse como un verdadero "requiem" a esta ideología pesimista del mundo, de la cultura y su autonomía.

Pero en los grandes hombres que impulsaron este tipo de cristianismo había algo sumamente interesante que no podemos olvidar: ellos luchaban por convertir al mundo, por realizar un mundo nuevo y esta idea les llevó fuera del mundo. Hoy nos encontramos con un tipo de espiritualidad que tiene este mismo ideal: trabajar por preparar los "nuevos cielos y la nueva tierra", pero para esto no salen del mundo sino que viven inmersos en él: es el cristianismo de los laicos. Un cristianismo comprometido con todo lo que en el mundo aparece como objetivo del hombre: la técnica, la ciencia, las estructuras políticas y sociales... Comprometido con los hombres y con sus problemas. Se busca al prójimo concreto, al que sufre y trabaja y a ése es al que se trata de ayudar. No se va a él para "salvar su alma", se va para promocionarle como persona humana en su dimensión histórica y escatológica.

Ante esta nueva concepción del mundo, de la espiritualidad laical, es ante la que se tambalea la espiritualidad religiosa. Pues no se trata de adaptarse a los tiempos como muchas veces se dice; se tra-

ta de algo más profundo. Se trata de aceptar esta nueva concepción del cristianismo con todas sus consecuencias prácticas y rechazar la que hasta ahora fue propia de los religiosos o aceptar ésta y rechazar aquella. Esto es a mi juicio lo propiamente nuevo de esta crisis en la evolución de los monjes. La solución no es fácil, porque si aceptan esta nueva espiritualidad la pregunta es ¿qué les queda de religiosos?

¿muerte de la vida religiosa?

A algunos quizás les pueda parecer un tanto simple el hacerse esta pregunta, pero a mí me parece honrado que nos la hagamos, porque con nosotros son muchos los que se la hacen en la práctica de la vida y los que dan una respuesta concreta en sus determinaciones. Desde luego esta no es una pregunta para ser respondida en tan pocas líneas (8).

A mí me parece que en general no hay razones para decir que un tipo de vida cristiana —llamémosla vida religiosa— no tenga sitio dentro de la Iglesia. No hay por qué admitir una sola forma de vida cristiana; evidentemente que el pluralismo está totalmente de acuerdo con los principios cristianos. Ahora bien, el problema está en si este tipo de vida religiosa podrá y deberá permanecer o será sustituido por una forma nueva. A mi me parece que más bien deberá ser sustituido por una forma nueva o bien una verdadera adaptación de las ya existentes. Pero ciertamente la vida religiosa seguirá existiendo.

El cómo es otro interrogante difícil de responder y por otra parte

es sumamente importante el aclararlo, ya que si algo necesita el religioso hoy es el que se le diga *cómo es necesario* y no solamente, que es necesario.

La forma concreta será exigida y dada por el tiempo, de ahí que sea necesario una apertura y una escucha ante el futuro. Evidentemente que será pluralista también esta forma. Respecto del pasado no será una ruptura total, hay algo que tendrá que perdurar, me refiero a la idea de conversión y realización de un mundo nuevo y mejor. Lo que cambiará será el modo. Aquellos salieron del mundo, para lograr esto, hoy parece que el religioso tendrá que vivir comprometido con él.

En la práctica vemos que los cristianos —laicos o religiosos— que se meten en el mundo para transformarlo, son llevados a una auténtica revolución como único medio para lograr los objetivos de reforma (véase el artículo en esta monografía de J. Blas de la Rosa). Mi pregunta es la siguiente: ¿será

en el futuro esta acción revolucionaria el sustituto de la “fuga mundi”? Entonces el religioso sería un cristiano comprometido totalmente con Cristo en este mundo y entre estos hombres. Su compromiso no le permitiría compartir su vida dentro de una familia y sus obligaciones, pues tendría que ser un verdadero “*enviado*” constantemente. Su “transparencia” escatológica (9) no sería algo distinto de su vida que tuviera que manifestarse con unos vestidos distintos o con una forma externa diferente. Su testimonio de compromiso con el mundo sería el verdadero signo que ante los hombres de hoy le definen como testigos de la presencia y de la acción de Cristo en este mundo.

Pero ¿será así en el futuro la vida religiosa?... No sé si puede darse honradamente una respuesta. Esperar abiertos a los “signos de los tiempos”, a la voz del Espíritu, a la historia, es el único camino que tiene hoy el religioso y el que deberá seguir si se encuentra decidido a seguir adelante (10).

notas

1. En este artículo se usan los términos monacal, clerical, religioso, indistintamente, englobando en ellos lo que tienen de común en la práctica.
2. Creo que en la práctica no hay una diferencia esencial entre los religiosos y los sacerdotes seculares.
3. Cfr. *El protestante, el católico y la nueva religión*: Proyección 59 (1968) 119-121.
4. Cfr. Commissie van XVII, *Veranderingen in het et religeuzen leven en de achtergronden hiervan*. Nimega 1967. También *Documentation concilium*: Concilium 28, pp. 343-359.
5. Cfr. *Le mépris du monde*, pp. 5-72.
6. *Ibid.* pp. 73-91 y 107-154.
7. Cfr. DOM R. LEMOINE, *Le droit des religieux du concile de Trente aux Instituts séculiers. Evolution historique du droit des religieux*, Paris-Brujas, 1955.
8. Para un estudio más detenido pueden verse: J. M. R. TILLARD, *L'adaptation et la rénovation de la vie religieuse*: Unam Sanctam 62, Paris, 1967. También B. DEL PLANQUE, *La rénovation de la vie religieuse dans l'Eglise et le monde moderne*: V. S. (suplement) 78 (1966) 339-364.
9. Usamos el término *transparencia* en el sentido ya consagrado por los monjes protestantes de Taizé.
10. Para una diferenciación teológica de lo que deberá ser el religioso, me remito al artículo de J. M. CASTILLO que aparece en este mismo número de Proyección.